

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO II

DICIEMBRE 31 DE 1925

NÚM. 10

Marcel Proust

Sentimientos filiales de un parricida

Si no como en su obra principal, de la que no sería posible aislar algunas páginas sin perder en mucho el sentido que cada frase toma como elemento de un conjunto indivisible, a lo menos este capítulo de *Pastiches et Mélanges*, aún no traducido al castellano, ofrece un singular valor, pues nos muestra a Proust hablando directamente en la primera persona, y revela esa fina tendencia al aspecto extraordinario, patológico, del espíritu, en que el autor de *A la recherche du temps perdu* ha penetrado con más novedad, con mayor profundidad y certeza que novelista alguno.

HACE algunos meses, cuando murió M. van Blarenberghe padre, recordé que mi madre había tenido largas relaciones con su mujer. Desde la muerte de mis padres, soy (en un sentido que no estaría bien precisar aquí) algo menos yo

mismo, y más el hijo suyo. Sin apartarme de mis amigos, siento mayor inclinación hacia los suyos; y las cartas que ahora escribo son, en su mayor parte, las que según creo, habrían escrito ellos, las que no pueden ya escribir y que yo envío en su lugar: felicitaciones, condolencias a sus amigos, que yo, a menudo, casi no conozco.

Así, pues, cuando Mme. van Blarenberghe perdió su marido, quise que recibiera una prueba de la tristeza que mis padres habrían sentido por su desgracia. Recordé que, hacía muchos años, yo había comido varias veces con su hijo en casa de algunos amigos de ambos. Fué a él a quien escribí, si puedo decirlo, a nombre de mis padres desaparecidos más que en él propio. Recibí como respuesta la hermosa carta siguiente, llena de un grande amor filial. Pensé que tal testimonio, con la significación que recibió del drama que tan de cerca lo siguió, y sobre todo, con la significación que éste toma con él, debía hacerse público. He aquí la carta:

*«Les Timbrieux, por Josselin (Morbihan),
24 de Septiembre de 1906.»*

«Lamento vivamente, estimado señor, no haber podido agradecerle aún la simpatía con que Ud. me acompañó en mi desgracia. Le ruego que me excuse; este dolor ha sido tan grande, que, siguiendo el consejo de los médicos, he debido viajar constantemente durante cuatro meses. Sólo ahora comienzo, con enorme esfuerzo, a recobrar mi vida habitual.

«Tan tarde como sea, quiero decirle hoy que me he sentido íntimamente conmovido por el fiel recuerdo que Ud. ha conservado de nuestras antiguas y excelentes relaciones, y profundamente emocionado por el sentimiento que le ha inducido a hablarnos, a mi madre y a mí, a nombre de sus padres, tan prematuramente desaparecidos. Sólo tuve el honor de conocerlos muy poco personalmente, pero sé muy bien cuánto apreciaba mi padre al suyo, y con cuánto placer veía siempre mi madre

a Mme. Proust. Me ha parecido extremadamente delicado y sensible que Ud. nos haya enviado su mensaje de ultratumba.

«Volveré muy pronto a París, y si logro dominar luego la necesidad de aislamiento que provoca en mí la desaparición de aquél que constituía todo el interés de mi vida, que era todo lo alegre que en ella hubo, tendré gran placer en estrecharle la mano y en conversar con Ud. sobre el pasado.

«Muy afectuosamente suyo.—*E. van Blarenberghe*».

Esta carta me conmovió en gran manera; compadecía a quien sufría en esta forma, y le envidiaba; él tenía aún a su madre para consolarse al consolarla. Si no pude responder a sus reiteradas tentativas de verme, fué porque, en realidad, estuve impedido para hacerlo. Pero, sobre todo, esta carta modificó en un aspecto más simpático, el recuerdo que de él conservaba. Las buenas relaciones a que aludía en su carta eran, en verdad, vulgares relaciones mundanas. Jamás había tenido oportunidad para conversar con él en la mesa en que muchas veces comimos juntos; pero la especial distinción de espíritu de los dueños de casa me aseguraba y me asegura aún que Enrique van Blarenberghe, bajo una apariencia algo convencional y tal vez más representativa de su medio que de su verdadera personalidad, ocultaba una naturaleza más original y más viva.

Por otra parte, en medio de esas extrañas instantáneas que nuestro cerebro, tan pequeño y tan vasto, almacena en prodigioso número, si busco, entre las que representan a Enrique van Blarenberghe, la instantánea que me parece haberse conservado más nítida, lo que siempre percibo es un rostro risueño, que sonríe sobre todo con la mirada, que era extremadamente fina, con la boca aún entreabierta, después de haber dado una aguda respuesta. Amable y muy distinguido, tal es como le «vuelvo a ver», según se dice con razón. Nuestros ojos toman parte más determinante de lo que se cree en esta exploración activa del pasado que se llama recuerdo. Si en el instante en que su pensamiento busca algún objeto del pasado, para fijarlo, para volverlo un momento a la vida, observáis los ojos del que

se esfuerza en recordar, veréis que se han vaciado repentinamente de las formas que los rodean y que en el instante anterior reflejaban. «Usted tiene una mirada ausente; usted está en otra parte», decimos, y, sin embargo, no vemos sino el anverso del fenómeno que se realiza durante ese instante en el pensamiento. Los más bellos ojos del mundo no nos atraen ya por su belleza; no son, desviando la significación de una frase de Wells, sino «máquinas para explorar el Tiempo», telescopios de lo invisible, cuyo alcance aumenta a medida que envejecemos. Sentimos claramente, viendo velarse por el recuerdo el mirar fatigado de tantas adaptaciones a épocas tan diferentes y a menudo tan lejanas, la mirada opaca de los ancianos; percibimos precisamente que su trayectoria, atravesando la sombra de los hechos dormidos, parece tomar tierra a algunos pasos delante de ellos, y en realidad, cincuenta o sesenta años más atrás. Recuerdo cómo cambiaba la belleza de los ojos encantadores de la princesa Matilde cuando se fijaban en tal o cual imagen —que *ellos mismos* habían depositado en su retina y en su recuerdo— de algunos grandes hombres, de algunos grandes acontecimientos de los comienzos de siglo; y era esta imagen, emanada de ellos, lo que ella veía y lo que nosotros no veremos jamás. Tenía yo una impresión de algo sobrenatural en esos momentos en que mi mirada encontraba la suya, que, a través de una línea corta y misteriosa, en una actividad de resurrección, unía el presente al pasado.

Amable y muy distinguido, decía, así es como vuelvo a ver a Enrique van Blarenberghe en una de las mejores imágenes que haya conservado de él mi memoria. Pero, después de recibir esta carta, he relocalado esta imagen en el fondo de mi recuerdo, interpretando en el sentido de una más profunda sensibilidad, de una mentalidad menos mundana, ciertos elementos de su mirada y de sus facciones que podían recomponer una acepción más interesante y más generosa que aquella en que de pronto me había detenido. En fin, como últimamente le hubiera pedido informaciones sobre un empleado de los Ferrocarriles del Este (M. van Blarenberghe era presidente del con-

sejo de administración), por quien se interesaba uno de mis amigos, recibí de él la siguiente respuesta, que, escrita el 12 de Enero último, no llegó a mis manos, a causa de algún cambio de dirección que él ignoraba, sino el 17 de ese mes, no hace aún quince días, menos de ocho días antes del drama:

«Calle de la Beneficencia, 48.
12 de Enero de 1907.

«Estimado señor, me he informado en la Compañía del Este sobre la posible residencia del señor X... y su dirección eventual. Nada se ha podido averiguar. Si Ud. está bien seguro de su nombre, el que lo lleva ha desaparecido de la Compañía sin dejar rastros; tal vez no estuvo incorporado a ella sino en forma transitoria y provisional.

«Lamento muy de veras las noticias que me da sobre el estado de su salud desde la muerte tan temprana y tan cruel de sus padres. Si pudiera ser de algún consuelo para Ud., le diría que, por mi parte, no logro reponerme física ni moralmente del quebranto que me ha causado la muerte de mi padre. Es preciso esperar siempre... No sé lo que me aguarda en el año 1907, pero esperemos que nos traiga a uno y a otro alguna mejoría, y que podamos vernos dentro de algunos meses.

«Le ruego creer en los sentimientos de mi mayor simpatía.—
E. de Blarenberghe.»

Cinco a seis días después de haber recibido esta carta, al despertar, recordé que deseaba contestarla. Hacía uno de esos grandes fríos inesperados, que son como las «grandes mareas» del cielo que llenan todos los diques que las grandes ciudades elevan entre los hombres y la naturaleza, y vienen a golpear en nuestras ventanas cerradas, penetran hasta nuestras piezas y hacen sentir a nuestras friolentas espaldas, por un vivificante contacto, el retorno violento de las fuerzas elementales. Días agitados por bruscas alteraciones barométricas, por las más violentas sacudidas. Nada agradable, por lo demás, en medio

de tanta fuerza. Se advertía anticipadamente la tristeza de la nieve que iba a caer, y las cosas mismas, como en el hermoso verso de André Rivoire, parecían «esperar la nieve». Sea que «se acerque una depresión hacia las Baleares», como dicen los periódicos, o sólo que en Jamaica haya empezado a temblar, en el mismo instante, en París, los cefalálgicos, los reumáticos, los asmáticos, sin duda también los locos, sienten volver sus crisis; tan unidas están las personas nerviosas de los puntos más apartados del universo, por los lazos de una solidaridad que a menudo desearían ver menos estrecha. Si la influencia de los astros, por lo menos sobre algunos de ellos, hubiera de ser reconocida algún día (Frannery, Pelletean, citados por M. Brissaud), a nadie podría aplicarse mejor que a un hombre nervioso el verso del poeta:

Largos hilos de seda le unen a las estrellas.

Al despertar, me disponía a contestar a Enrique van Blarenberghe. Pero, antes de hacerlo, quise dar una mirada al *Figaro*, proceder a ese acto abominable y voluptuoso que se llama *leer el diario*, mediante el cual todas las desgracias y los cataclismos del universo en las últimas veinticuatro horas; las batallas que han costado la vida a cincuenta mil hombres, los crímenes, las huelgas, las bancarrotas, los incendios, los envenenamientos, los suicidios, los divorcios, las violentas emociones del hombre de Estado y del actor, transmutados, para nuestro uso personal, ante nosotros, que no tenemos en tales actos interés alguno, en una diversión matinal; asociados en forma admirable, de una manera particularmente excitante y tónica, a la saludable ingestión de algunos sorbos de café con leche. Apenas he roto con un gesto indolente la delgada faja del *Figaro*, lo único que aún nos separa de las miserias del globo; desde las primeras noticias sensacionales en que el calor de tantos seres «entra como elementos», esas noticias sensacionales que nos agradaría participar inmediatamente a todos los que aún no han leído el diario, de improviso, nos sentimos alegremente ligados a la

existencia que, en el primer momento del despertar, nos parecía inútil tornar a coger. Y si por momentos, algo así como una lágrima ha humedecido nuestros ojos satisfechos, sin duda habrá sido provocada por la lectura de alguna frase como ésta: «Un impresionante silencio aprieta los corazones; redoblan los tambores en el campamento; las tropas presentan armas, y un clamor inmenso resuena: ¡Viva Fallières!» Esto es lo que incita nuestro llanto, llanto que tal vez rehusaríamos a una desgracia próxima. ¡Viles comediantes a quienes sólo hace llorar el dolor de Hércules, o, menos que eso aún, el viaje del Presidente de la República! Esta mañana, sin embargo, la lectura del *Figaro* no me fué grata. Acababa de recorrer, con mirada complacida, las erupciones volcánicas, las crisis ministeriales y las riñas de apaches, y había comenzado con calma la lectura de un hecho diverso cuyo título: «Un drama de la locura», podía hacerlo particularmente apropiado al estímulo de las energías matinales, cuando, repentinamente, leí que la víctima era Mme. van Blarenberghe, y que el asesino, que se había suicidado en seguida, era su hijo Enrique van Blarenberghe, cuya carta aún tenía yo cerca de mí, para contestarla. «*Es preciso esperar siempre... No sé lo que me aguarda en el año 1907, pero esperamos que nos traiga alguna mejoría, etc.*» ¡Es preciso esperar siempre! ¡No sé lo que me aguarda en el año 1907! La vida no iba a tardar en responderle. Aún no caía el primer mes de 1907 del porvenir en el pasado, y ya le había traído su presente: fusil, revólver y puñal, y en su espíritu, la venda que Atenea ceñía al espíritu de Ajax para hacerle degollar a pastores y rebaños en el campo de los griegos, sin que supiera lo que hacía. «Soy yo quien ha infundido engañosas imágenes en sus ojos. Y él se ha precipitado, hiriendo aquí y allá, pues pensaba dar muerte por su mano a los Atridas, lanzándose tan pronto sobre uno y sobre otro. Y yo excitaba al hombre presa de furiosa locura y lo perdía en emboscadas. Aquí acaba de entrar con la cabeza bañada en sudor y las manos ensangrentadas.» Los locos no saben cuando hieren; pasada la crisis, ¡oh, dolor!, Tekmesa, la mujer de Ajax, dice: «Su locura ha terminado, su furor ha

caído como el soplo del Noto. Pero, al recobrar sus sentidos, ha sido atormentado por un nuevo dolor; porque la presencia de los propios males cuando nadie, sino uno mismo, los ha causado, aumenta grandemente la angustia. Desde que sabe lo que ha ocurrido, no cesa de lamentarse con lúgubres sollozos, él, que aseguraba ser indigno de un hombre el llorar. Permanece sentado, inmóvil, sollozando y sin duda medita contra sí mismo algún negro propósito.

Mas, para Enrique van Blarenberghe, cuando hubo pasado el acceso, no fueron rebaños y pastores degollados los que tuvo ante sus miradas. El dolor no mata en un instante, puesto que no murió él viendo a su madre asesinada, puesto que no murió al oír a su madre moribunda decirle, como la princesa Andrea de Tolstoi: «Enrique, ¡qué has hecho de mí! ¡qué has hecho de mí!» «Al llegar al descanso que interrumpe la escalera entre el segundo piso y el tercero, dice *Le Matin*, ellos (los sirvientes, que en este relato, tal vez inexacto, no vemos sino en huída y volviendo a subir la escalera de cuatro en cuatro tramos) vieron a Mme. van Blarenberghe, con el rostro trastornado por el terror, bajar tres o cuatro escalones, gritando: ¡Enrique, Enrique! ¡qué has hecho!» Después, la desdichada, cubierta de sangre, levantando los brazos, cayó de bruces... Los sirvientes aterrizados volvieron a bajar en busca de socorro. Poco después, cuatro agentes que fueron llamados forzaron las puertas que habían sido cerradas con cerrojo, y entraron a la pieza del asesino. Además de las heridas que se había hecho con el puñal, tenía todo el lado derecho de la cara destrozado por un balazo. *El ojo caía sobre la almohada*. Ahora no es en Ajax en quien pienso. Con este ojo que «cae sobre la almohada» reconozco, arrancado, en el gesto más terrible que nos haya conservado la historia del sufrimiento humano, el ojo del desgraciado Edipo. «Edipo se precipita lanzando gritos desgarradores; va, viene, pide una espada... Con gritos horribles, se arroja contra las puertas dobles, arranca los batientes de los goznes profundos, y penetra en la cámara, donde ve a Yocasta, que pende aun de la cuerda en que se ha estrangulado. Al verla, el desgra-

ciado tiembla de horror; desata la cuerda, y el cuerpo de su madre, ya libre de sostén, cae por tierra. Arranca entonces los broches de oro de las vestiduras de Yocasta y se atraviesa con ellos los ojos abiertos. Sus pupilas sangrantes derraman sobre sus mejillas una lluvia, un chorro de sangre negra. Pide clamando que se señale ante todos los cadmeos al parricida. Quiere ser arrojado de esta tierra. ¡Ah! el antiguo placer recibía ahora el verdadero nombre. Desde este día, nada falta entre todos los males que tienen un nombre. El espanto, el desastre, la muerte, el oprobio.»

Y pensando en el dolor de Enrique van Blarenberghe al ver a su madre muerta, pienso en otro loco harlo triste, en Lear, estrechando el cadáver de su hija Cordelia. «¡Oh, ella se ha ido para siempre! ¡Está muerta como la tierra! ¡No, no; ya no vive! ¿Por qué tienen vida un perro, un caballo, una rata, si tú no conservas siquiera un soplo? ¡No volverás jamás! ¡Jamás, jamás, jamás, jamás! ¡Mirad, mirad sus labios! ¡Miradla, miradla!»

A pesar de sus horribles heridas, Enrique van Blarenberghe no murió inmediatamente. No puedo dejar de comprender la crueldad (útil tal vez, pues ¿estamos ciertos de lo que el drama ha sido en realidad? Recordad los hermanos Karamazov) que hubo en la actitud del comisario de policía. «El desgraciado no ha muerto. El comisario le coge por la espalda y le habla: «¿Me oye usted? Responda.» Querría repetir a ese cruel comisario las palabras con que Kent, en el *Rey Lear*, detiene a Edgardo, cuando éste pretendía despertar a Lear ya desvanecido: «¡No, no turbéis su alma! ¡Oh, dejadlo partir! Odioso sería querer retenerlo más tiempo en el suplicio de esta vida de angustias.»

Si he repetido con insistencia estos grandes nombres trágicos, sobre todo los de Ajax y de Edipo, comprenderá el lector por qué lo he hecho, por qué he publicado estas cartas y escrito estas páginas. He querido señalar en qué pura, en qué religiosa atmósfera de belleza moral estalló esta explosión de locura y de sangre, que la salpica de lodo sin llegar a mancharla. He querido airear la pieza del crimen con un soplo que viniera del

cielo, mostrar que este hecho extraño era exactamente como uno de esos dramas griegos cuya representación fué casi una ceremonia religiosa, y que el pobre parricida no era un bruto criminal, un ser ajeno a la humanidad, sino un noble ejemplar de humanidad, un hombre de espíritu esclarecido, un hijo lleno de piadosa ternura, a quien la más ineluctable fatalidad—digamos patológica, para hablar como todo el mundo—ha lanzado—el más desdichado de los mortales—en un crimen y una expiación dignos de memoria.

«Creo con dificultad en la muerte» dice Michelet en una página admirable. Es cierto que lo dice a propósito de una medusa, cuya muerte, tan poco diversa de su vida, casi nada tiene de increíble; de manera que podemos preguntarnos si Michelet no habrá hecho uso de una de esas «recetas» a que tan a menudo recurren los grandes escritores y que les permiten ofrecer improvisadamente a su clientela el sabor especial que les exige. Pero si creo sin dificultad en la muerte de una medusa, no puedo creer fácilmente en la muerte de una persona, ni aun en un simple eclipse, en la mera decadencia de su razón. Es más fuerte nuestro sentimiento de la continuidad del alma. ¡Cómo!, este espíritu cuya voluntad hace un momento dominaba la vida, dominaba la muerte, y que nos inspiraba tanto respeto, se halla ahora dominado por la vida, por la muerte, más débil que nuestro espíritu, que, sea como fuere, no puede inclinarse ya ante lo que tan pronto ha llegado a parecerse a la nada. Y esto, por la locura, por el debilitamiento de las facultades en el anciano, por la muerte. ¡Cómo!, el hombre que escribió ayer la carta que acabo de citar, tan culto, tan sereno; hoy este hombre... Aun, para descender a lo infinitamente pequeño, de grande importancia ahora, el hombre que tan razonablemente dominaba las pequeñas cosas de la existencia, que con tanta elegancia daba respuesta a una carta, que ejecutaba tan exactamente un propósito, que miraba por los deseos de los demás, que ansiaba parecerles, si no influyente, por lo menos amable; que conducía su juego con tanta fineza y lealtad en el ajedrez social... He afirmado que esto es ahora de mucha importancia,

y si reproduce toda la primera parte de su segunda carta, que, a decir verdad, no interesaba aparentemente sino a mí, es porque esta razón práctica parece más ligada aún a lo que ha ocurrido que la hermosa y profunda tristeza de las primeras líneas. A menudo, en un espíritu ya devastado, son las ramas superiores, la cima, las que sobreviven hasta el fin, cuando las ramificaciones más profundas han sido arrasadas por el mal. En este caso, la planta espiritual está intacta. Hace un momento, al copiar estas cartas, hubiera querido hacer sentir su extrema delicadeza y la notable seguridad de la mano que trazó esos caracteres tan precisos, tan finos...

—¡Qué has hecho de mí! ¡Qué has hecho de mí! Bien meditado, acaso no hay una sola madre verdaderamente amante que, en su día último, y a menudo mucho antes, no pudiera elevar este reproche contra su hijo. Intimamente, obligamos a envejecer, matamos todo lo que nos ama, por los cuidados de que nos hacemos objeto, aun por la inquieta ternura que inspiramos y que en todo momento tenemos en alarma. Si pudiéramos observar en un cuerpo querido la lenta labor de destrucción realizada por la dolorosa ternura que lo anima, si pudiéramos ver cómo se marchitan los ojos, cómo los cabellos indomablemente negros durante largo tiempo, son vencidos también como los otros, blanqueados; cómo las arterias se van endureciendo, obstruyéndose los riñones y el corazón fatigándose; cómo el ánimo se va dejando vencer por la vida; el andar lento, pesado, el espíritu que llega a saber que nada tiene ya que esperar, cuando antes hervía infatigablemente en invencibles esperanzas; la alegría misma, que parecía ser innata, inmortal, que era compañía tan amable para la tristeza jamás curada; tal vez quien supiera ver todo eso, en el tardío momento de lucidez que aun las vidas más dominadas por la quimera pueden alcanzar, puesto que el mismo don Quijote tuvo el suyo, acaso éste, como Enrique van Blarenberghe cuando hubo muerto a su madre a puñaladas, retrocedería ante el horror de su vida y se arrojaría sobre un fusil para morir también. En la mayor

parte de los hombres, una visión tan dolorosa (supuesto que logran elevarse hasta ella) se desvanecería rápidamente ante el primer destello de la alegría de vivir. ¿Pero, qué alegría, qué razón de vivir, qué vida, pueden resistir a esta visión? Ella o la alegría, ¿cuál de las dos es la verdadera?, ¿cuál es «lo Verdadero»?